

PARTE SEGUNDA.

EDAD MEDIA.

LIBRO II.

CAPITULO I.

ALFONSO VI.—LOS ALMORAVIDES.

De 1086 á 1094.

Apurada situación de los musulmanes.—Desaviénense el rey Alfonso y el rey árabe de Sevilla.—Arrogante y ágría correspondencia que medió entre los dos.—El de Sevilla y los demas reyes mahometanos de España llaman en su auxilio á los almoravides de Africa.—Quiénes eran los almoravides.—Retrato de su rey Yussuf ben Tachfin, fundador y emperador de Marruecos.—Vienen los almoravides á España: nueva y formidable irrupcion de máhometanos: únense con los musulmanes españoles.—Salen á combatirlos Alfonso y los demas príncipes cristianos.—Célebre batalla de Zalaca: solemne derrota y horrible mortandad del ejército cristiano: logra salvarse el rey Alfonso y se refugia en Toledo.—Ausencia de Yussuf.—Reanimanse los cristianos.—Resuelve Yussuf hacerse dueño de toda la España musulmana.—Apodéranse los almoravides sucesivamente de Granada, Córdoba, Sevilla, Aimeria, Valencia, Badajoz y las Baleares.—Desastrosa suerte de los emires de estas ciudades.—Consideraciones con el de Zaragoza.—Dominan los almoravides en España.

Parecia que con la disolucion del imperio omniada, con las ventajas que en todas partes las ar-

mas cristianas habian obtenido, y con el desconcierto, los disturbios, las guerras que los reyezuelos musulmanes tenian entre sí, debería haberse decidido en favor de España la gran lucha entre los dos pueblos y las dos creencias que se disputaban su señorío. Y hubiera sucedido así, si por una parte el comun peligro no hubiera inspirado á los mahometanos el pensamiento de apelar como en otra ocasion, á un remedio heróico, y si por otra parte no hubieran tenido una Africa á que acudir, sumillero inagotable de enemigos del pueblo español y del nombre cristiano, y á la cual volvian los ojos en sus mayores conflictos y tribulaciones.

Pesábale ya al mismo Ebn Abed de Sevilla haber contribuido tanto con sus alianzas al engrandecimiento del poder de Alfonso. Advertianselo tambien las sentidas quejas y murmuraciones que llegaban á sus oidos y el disgusto general de los musulmanes. Meditó pues, á pesar de los lazos que con él le unian, cómo cooperar á abatir al orgulloso cristiano, que dueño de Toledo, y despues de haber corrido y devastado los emiratos de Zaragoza y Badajoz, tuvo el atrevimiento de penetrar con un cuerpo de caballería por tierras del de Sevilla con pretesto de protegerle contra sus rivales de la costa meridional, y avanzando hasta Tarifa metió su caballo hasta el pecho en las aguas del mar como en otro tiempo Okba, y exclamó: «¡He llegado á los últimos términos de la tierra de

Andalucía!» Y regresó tranquila y orgullosamente á Toledo. Acabó de mortificar el amor propio de Ebn Abed aquella audacia del castellano y aquella inesperada aparicion so color de un auxilio simulado y no pedido. Todavía sin embargo no estalló la oculta rivalidad de los dos monarcas, hasta que con motivo de haber apuñalado los sevillanos á un judío, tesorero y privado del rey Alfonso, que éste habia enviado á cobrar el tributo que le pagaba Ebn Abed, le despachó el rey de Castilla nueva embajada pidiendo satisfaccion del agravio y reclamando varias fortalezas de su reino que le pertenecian. Arrogante y ágría era la carta que Alfonso envió con el mensaje; decia así:

«De parte del emperador y señor de las dos leyes y de las dos naciones, el excelente y poderoso rey don Alfonso hijo de Fernando ⁽¹⁾, al rey Al Motamid Billah Ebn Abed (ilumine Dios su entendimiento para que se determine á seguir el buen camino): salud y buena voluntad de parte de un rey engrandecedor de sus reinos y amparador de sus pueblos, cuyos cabellos han encanecido en el conocimiento de los negocios y en el ejercicio de las armas..... en cuyas banderas se asienta la victoria, que hace á sus caballeros blandir las lanzas con esforzadas manos, que hace ceñir las espadas en las cin-

(1) En esta correspondencia, que inserta Conde en los cap. 12 y 13 de la tercera parte de su Historia, se llama equivocadamente á Alfonso, hijo de Sancho, cuyo error copió Viardot al trascribirla en la nota 1.ª á su Historia de los árabes y moros.

turas de sus campeadores, que hace vestir de luto las esposas y las hijas de los musulmanes y llenar vuestras ciudades de lamentos y alaridos. Bien sabéis lo que ha pasado en Toledo, cabeza de España, y lo que ha sucedido á sus moradores y á los de su comarca en el cerco y entrada de la ciudad; y que si vos y los vuestros habeis escapado hasta ahora, ya os llega vuestro plazo, que solo se ha diferido por mi voluntad.... Y si no mirára á los conciertos que hay entre nosotros, ya hubiera invadido vuestra tierra y echádoos á sangre y fuego de España sin dar lugar á demandas ni respuestas, y no habria entre nosotros mas embajador que el ruido y tropel de las armas, y el relinchar de los caballos, y el estruendo de los atambores y trompetas de batalla.....»

Aunque muchos vazzires, en vista de esta carta aconsejaban al rey de Sevilla que viniese á un acomodamiento con Alfonso y le pagára el tributo, él le contestó con otra no menos soberbia y altiva, concebida en estos términos: «Del rey victorioso y grande, el amparado con la misericordia de Dios y confiado en su divina bondad, Mohammed Ben Abed, al soberbio enemigo de Allah, Alfonso, hijo de Fernando, que se intitula rey de reyes y señor de las dos leyes y naciones (quebrante Dios sus vanos títulos): salud á los que siguen el camino recto. En cuanto á llamarte señor de las dos naciones, mas derecho tienen los musulimes para preciarse de esos títulos que tú, por lo

que han poseido y poseen de las tierras de los cristianos, y por la multitud de sus vasallos y riquezas, que nunca llegará á ser comparable tu poder con el vuestro, ni puede alcanzarlo toda tu ley y tus secuares... Hasta ahora pensábamos pagarte tributo, y tú no te contentas con él y quieres ocupar nuestras ciudades y fortalezas: pero ¿cómo no te avergüenzas de tales peticiones, y quieres que se entreguen á los tuyos y nos mandas como si fuéramos tus vasallos? Maravíllome mucho de la manera con que nos estrechas á que cumplamos tu vana y soberbia voluntad. Te has envanecido con la conquista de Toledo, sin mirar que eso no lo debes á tu poder, sino á la fuerza y voluntad divina que asi lo habia determinado en sus eternos decretos, y en eso te has engañado á tí mismo torpemente. Bien sabes que tambien nosotros tenemos armas, caballos y gente esforzada que no se asusta del estruendo de las batallas, ni vuelve el rostro á la horrorosa muerte, y que metidos en la pelea nuestros caballeros saben salir de ella airosos. Nuestros caudillos saben ordenar las haces, guiar los escuadrones, armar celadas, y no temen éntrar por éntre los filos de vuestras espadas, ni los estremecen las lanzas asetatadas á sus pechos. Sabemos dormir en la dura tierra sobre el albornoz, rondar y hacer la vela de la noche... y porque veas que es asi como te lo digo, ya te tienen preparada la respuesta á tu demanda, y de comun acuerdo te esperan con sus alfanges limpios y

acerados y con sus gruesas y agudas lanzas... Es verdad que hubo entre nosotros conciertos y capitulaciones para que no moviésemos nuestras armas el uno contra el otro, porque yo no ayudase á los de Toledo con mis fuerzas y conséjo, de lo que pido perdon á Dios, y de no haberme opuesto antes á tus intentos y conquistas, aunque gracias á Dios toda la pena de nuestra culpa consiste en las palabras vanas con que nos insultas: pero como estas no acaban la vida, confío en Dios que con su ayuda me amparará contra tí, y sin tardanza verás entrar mis tropas por tus tierras.... (1)»

Después de estas cartas era imposible ya todo acomodamiento, y ambos se prepararon á la guerra. El de Sevilla llamó á su hijo Raschid y le comunicó el pensamiento de implorar el auxilio de los Almoravides de Africa contra el poderoso rey de Toledo. Disuadióse el príncipe diciéndole que si tal hacía, aquellos

(1) Dice el autor arábigo, que en verso le añadía lo siguiente:

Abatimiento de ánimo y vileza
En generoso pecho no se anida,

El miedo es torpe y vil, de vil canalla
Es el pavor, y si por mal un día
Párias forzadas te ofrecí, no esperes
En adelante sino pura guerra,
Cruda batalla, sanguinoso asalto,
De noche y día sin cesar un punto,
Talas, desolacion á sangre y fuego.

Armame, pues, prevenete á la batalla,
Que con baldon te reto y desafío.

Traduc. de Conde, Part. III. c. 13.

bárbaros acabarían por arrojarlos de su patria. Obs-
tinóse en ello el padre y le replicó: «Preferiré, hijo
mio, guardar los camellos del rey de Marruecos á
ser tributario y vasallo de estos perros cristianos.—
Pues hágase, contestó Raschid, lo que Dios te inspi-
re.» Entonces el rey de Sevilla, tan arrogante con
Alfonso, escribió al gefe de los Almoravides de Africa
la siguiente humilde carta, en que se pinta bien el
abatimiento á que habían venido los mahometanos
españoles: «A la presencia del príncipe de los mu-
«sulmanes, amparador de la fé, propagador de la ver-
«dadera secta del califa, al imán de los musulimes y rey
«de los fieles Abu Yacob Yussuf ben Tachfin, el incli-
«to y engrandecido con la grandeza de sus nobles,
«alabador de la magestad divina, y de la potencia del
«Altísimo, venerador de Dios y del cielo; que no se
«envanece de su honra y grandeza, salud cumplida
«de Dios, como conviene á tu soberana y alta perso-
«na, con la misericordia de Dios y su bendicion. Te
«envia la presente el que abandonándolo todo se di-
«rige á tu generosa magestad desde Medina-Sevilla
«en el interlunio de Giumada primera del año 479
«(1086), persuadido, oh rey de los musulimes, de que
«Dios se sirve de tí para ensalzar y sostener su ley.
«Los árabes de Andalucía no conservamos en España
«separadas nuestras kabilas ilustres, sino mezcladas
«unas con otras, de suerte que nuestras generaciones
«y familias poca ó ninguna comunicacion tienen con

«nuestras kabilas que moran en Africa: y esta falta de
 «union ha dividido tambien nuestros intereses, y de
 «la desunion procedió la discordia y apartamiento, y
 «la fuerza del estado se debilitó, y prevalecen contra
 «nosotros nuestros naturales enemigos, y estamos en
 «tal estado que no tenemos quien nos ayude y valga
 «sino quien nos baldone y destruya; siendo cada dia
 «mas insufrible el encono y rabia del rey Alfonso, que
 «como perro rabioso con sus gentes nos entra las tier-
 «ras, conquista las fortalezas, cautiva los musulimes y
 «nos atropella y pisa sin que ningun emir de España
 «se haya levantado á defender á los oprimidos.....
 «que ya no son los que solian, pues el regalo, el sua-
 «ve ambiente de Andalucía, los recreos, los delicados
 «baños de aguas olorosas, las frescas fuentes y esqui-
 «sitos manjares los han enflaquecido y han sido causa
 «de que teman entrar en guerra y padecer fatigas....
 «asi es que ya no osamos alzar cabeza; y pues vos,
 «señor, sois el descendiente de Homair, nuestro pre-
 «decesor, dueño poderoso de los pueblos y dilatadas
 «regiones, á vos acudo y corro con entera esperanza,
 «pidiendo á Dios y á vos amparo, suplicándoos que
 «sin tardanza paseis á España para pelear contra este
 «enemigo, que infiel y pérfido se levanta contra
 «nosotros procurando destruir nuestra ley. Ve-
 «nid pronto y suscitad en Andalucía el celo del ca-
 «mino de Dios..... que no hay fuerza ni poder sino
 «en Dios alto y poderoso, cuya salud y divina mi-

«sericordia y bendicion sea con vuestra alteza.»

Juntó ademas en Sevilla una asamblea de los je-
 ques, cadíes y príncipes mas amenazados del poder de
 Alfonso, y les espuso la necesidad de llamar con ur-
 gencia al príncipe de los morabitas de Africa para que
 viniera á ayúdarlos en su santa empresa. Todos con-
 vinieron en ello, á escepcion de Abdallah ben Yussuf,
 gobernador de Málaga, que tuvo el valor de oponerse
 al comun dictámen en un vigoroso discurso que con-
 cluía: «Uníos y venceréis. No sufráis que los habitan-
 «tes de los abrasados arenales de Africa vengan á
 «posarse sobre nuestras tierras como enjambres de de-
 «voradoras langostas, y á pasear sus camellos por los
 «deliciosos campos de nuestra Andalucía.» En mal
 hora hizo tan patriótica exhortacion el previsor walí.
 Irritáronse todos contra él, llamáronle mal musul-
 man, traidor y enemigo de la fé, y hay quien añade
 que le condenaron á muerte. Tan obcecados estaban
 y tan zbatidos se veian aquellos próceres del islamis-
 mo, tan soberbios en otro tiempo. Decretóse pues en-
 viar un mensaje de llamamiento al príncipe de los
 Almoravides de Africa, como allá en 756 en una
 asamblea de la misma índole se habia decretado otro
 igual para llamar al príncipe Abderrahman el Beni-
 Omeya. Omar ben Alafthas el de Badajoz, que ya an-
 tes habia escrito por sí al rey Yussuf ben Tachfin una
 carta en que le pintaba con tristes colores la situacion
 apurada y angustiosa de los musulmanes españoles,

fué el encargado de redactar el mensaje, que los embajadores nombrados habian de llevar personalmente. Era el principio del año 1086. Mas antes de anunciar su resultado, digamos quiénes eran esos poderosos extranjeros que los árabes de España llamaban en su ayuda.

Un historiador moderno ha compendiado las noticias que acerca del origen y progresos de aquellas gentes pueden interesarnos para la inteligencia de nuestra historia ⁽¹⁾. «Mientras que así destruían las discordias intestinas la España árabe, levantábase del otro lado de la cadena del Atlas, en los desiertos de la antigua Getulia, un hombre que habia de reconstituir un día y dar unidad á los elementos entonces disidentes de la dominacion musulmana, así en España como en Africa, y apuntalar con su mano poderosa el bamboleante edificio de su imperio. Este hombre era el berberisco Yussuf ben Tachfin, de la tribu de Zanaga. Los lamtunas, fraccion de esta gran tribu, á la cual pertenecía Yussuf, bien que hubieran aceptado con los primeros conquistadores la religion del Islam, habian quedado casi del todo estraños á la inteligencia de su moral y de sus dogmas, cuando llegó entre ellos Abdallah ben Yasim, morabita de Súz, afamado por su ciencia y su santidad (414 de la

(1) Roseew Saint-Hilaire, que á su vez las ha tomado de Walsin Esterhazy. Conde destina á estos tres capítulos enteros, y Romey llena con los antecedentes de los Almoravides cerca de cincuenta largas páginas.—Yussuf es el Juzef de Conde, y el Yusof de Dozy.

hegira, 1026 de J. C.). Abdallah, hombre entendido y hábil, esplicando los preceptos de una religion que prescribia el proselitismo por la conquista, despertó fácilmente el instinto guerrero de aquellas incultas y groseras poblaciones, y explotando mañosamente el entusiasmo que en ellas habia producido una fé vivificada y rejuvenecida, las llevó contra algunas tribus berberiscas que se habian mantenido fieles á sus antiguas creencias. En el fervor de una conviccion nueva, los lamtunas soportaron con admirable constancia fatigas inauditas, y alcanzaron en sus ásperas guaridas á aquellos montañeses, á quienes forzaron á admitir la religion del profeta guerrero, y entonces fué cuando para recompensar el valor de que habian dado tantas pruebas los llamó *los hombres de Dios* (Al mórabith), y les profetizó la conquista del Magreb sobre los musulmanes degenerados.

«No tardó Abdallah, aprovechando el entusiasmo de los recién convertidos, en conducirlos de la otra parte del desierto, y pasó con ellos el Atlas. La conquista de Sijilmesa y de todo el pais de Darah fué el fruto de sus primeras victorias; sentaron los vencedores sus tiendas en el Sahel, entre la montaña y el mar, en medio de las llanuras de Agmat, y ocuparon la pequeña ciudad de este nombre. Algun tiempo despues murió Abdallah, dejando á Abu Bekr ben Omar el cuidado de dirigir la regeneracion religiosa que él habia comenzado. Supo Abu Bekr correspon-

der á la importancia de su difícil mision (460 de la hegira, 1068 de J. C.). Consolidó su poder en el pais tanto por la dulzura y el ascendiente de la opinion como por la fuerza de las armas. Agmat se hizo el centro á que acudian de todas partes las poblaciones atraidas por la reputacion de la justicia y por la fama de la santidad de los Almoravides. El número de prosélitos se hizo tan considerable que fué menester fundar una nueva ciudad y dar una capital al nuevo imperio. Escogió para ello Abu Bekr una vasta y fértil planicie, llamada en el pais Eylana. Mas en el momento de comenzar á edificar, los lamtunas que habian quedado del otro lado del Atlas, viéndose amenazados por sus vecinos, reclamaron la asistencia de sus jeques, y Abu Bekr, sacrificando su naciente imperio á las exigencias de su antigua patria, volvió á tomar el camino del desierto dejando el cargo de proseguir su obra á Yussuf ben Tachfin, que ya se habia hecho conocer en las últimas guerras de los lamtunas contra los berberiscos.

«Yussuf no pertenecia á las familias nobles de los lamtunas, y debió á su solo mérito y á la estimacion de que gozaba entre los suyos el honor de continuar la árdua mision de conquistador religioso, bien que inaugurada por Abdallah y por Abu Bekr. Nacido de pobre cuna, no podia aspirar á tan alto honor. Su padre era alfarero, y andaba de tribu en tribu vendiendo las obras de arcilla, producto de su industria.»

Cuenta aqui el historiador como habia anunciado el horóscopo á Yussuf que sería señor de un grande imperio: describe su carácter generoso, emprendedor, afable y digno. «Reunia, dice, todas las gracias que atraen á la multitud y entusiasman á las masas. Asi no tardó en captarse numerosos parciales en las poblaciones de Agmat. Para afirmar su autoridad, que era solo provisional y meditaba hacer definitiva, resolvió sancionarla por la gloria de las armas. Comenzó pues por llevar la guerra á algunas tribus árabes de la comarca no sometidas aun, y les dió la ley. Despues de este fácil triunfo proyectó la invasion de la antigua herencia de los Edris del reino de Fez. Convocó todas las tribus que reconocian su autoridad..... Mas de ochenta mil ginetes armados respondieron á su llamamiento. A la cabeza de esta formidable masa de guerreros invadió como un huracan la provincia de Fez, y se apoderó de la capital, despues de haber batido cerca de la montaña de Onegui, á doce leguas de Mequinez, á los descendientes de Zeiri que mandaban alli con independenciam de España. De allí avanzó á Tlemcem, de donde arrojó á los Zenetas; se hizo dueño de toda la provincia de este nombre hasta Argel, y volvió triunfante al pais de Agmat á comenzar la construccion de su capital proyectada, á la cual se dió mas tarde el nombre de Marruecos.

«A este tiempo Abu Bekr, sofocados los disturbios de los lamtunas, regresaba sobre el Tell. Pronto tuvo